



## Neruda: morir para renacer 699518

"Yo no voy a morirme. Salgo  
ahora/  
en este día lleno de volcanes  
hacia la multitud, hacia la vi-  
da"

El poeta, en efecto, no se en-  
contraba errado. Ahora que  
han transcurrido diez años de su  
muerte, cuando ya no se halla entre  
nosotros con su forma física, persis-  
te en la memoria de su patria como  
si quisiera doblarle el pescuezo al  
tiempo. Ya lo anticipó en sus años  
postreros, fiel a la creencia de que  
el hombre es eterno y que a una vi-  
da individual suceden otras vidas  
que retoman el ciclo y lo entregan,  
después, a las que vendrán:

"Lo sucesivo que tiene la vida  
es este ir y venir de los iguales:  
"Muerte a la identidad", dice la  
vida:/  
cada uno es el otro, y despedimos  
un cuerpo para entrar en otro cuer-  
po".

De allí también que su última eta-  
pa, cargada de presagios, de pre-  
moniciones, constituyó una nueva  
reflexión de los motivos que marca-  
ron su obra, ahondando en ellos,  
"remeditándolos", ahora con mira-  
da más serena, más sabia, lejos de  
la pasión juvenil de su primera épo-

ca. Ya enferma, con plena concien-  
cia del final, había regresado a Chi-  
le en 1972, con el Nobel y la gloria,  
retirándose a Isla Negra, tal vez su  
residencia favorita, donde no dejó  
de escribir, llenando su casa de dis-  
persas hojas con signos verdes que  
Matilde, su mujer, recogía y orde-  
naba. Por las mañanas, ha contado  
un amigo, daba largos paseos por la  
playa, recogiendo caracolas y aspi-  
rando a pleno pulmón ese aire que  
ya se le escapaba. Una ficción cine-  
matográfica de Antonio Skarmeta  
-"Ardiente paciencia", exhibida  
hace pocos días en el Festival de  
Biarritz, lo imagina, por ese enton-  
ces, alentando los amores del carte-  
ro que le deja a diario su correspon-  
dencia con una muchacha del lu-  
gar. El filme finaliza con el funeral  
de Neruda, al que no concurre esa  
pareja que aprendió a quererle  
gracias a sus versos y que no estu-  
vo entre la multitud que le dijo  
adiós.

La verdad estricta, sin embargo,  
fue diferente. Sólo un grupo pe-  
queño de personas, en una prima-  
vera tumultuosa llegó hasta el Ce-  
menterio General, en Santiago, pa-  
ra despedir sus restos. Hasta hoy  
tampoco han podido cumplirse sus  
deseos de reposar para siempre en  
Isla Negra, dejando abiertas sus

moradas para el pueblo. La Sebas-  
tiana, de Valparaíso, se coc a peda-  
zos y un doloroso reportaje mostró  
los restos de lo que Neruda buscó  
con tanto esmero por el mundo: an-  
tiguos juguetes, relojes, piedras,  
sillas, frascos de límpida cristal. No  
se sabe cuándo esos sitios habrán  
de transformarse en museos, como  
es el deber y el testimonio, a fin de  
que todos puedan pasearse por sus  
habitaciones y palpar sus libros:

"Que amen como yo amé mi Manri-  
que, mi/

Cóngora,  
mi Garcilaso, mi Quevedo:  
fueron titánicos guardianes, arma-  
duras/  
de platino y nevada transparencia,  
que me enseñaron el rigor, y bus-  
quen/  
en mi Lautréumont viejos lamentos  
entre pestilenciales agonías.  
Que en Maiakovsky vean cómo  
ascendió/  
la estrella  
y cómo de sus rayos nacieron las  
espigas".

Resta entonces, ver cumplido ese  
sueño.

Pacián Martínez E.

## Neruda: morir para renacer [artículo] Pacián Martínez E.

### Libros y documentos

### AUTORÍA

Martínez E., Pacián

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Neruda: morir para renacer [artículo] Pacían Martínez E.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile